

CAPITULO XL

Eclipse del astro.

AUNQUE el numeroso ejército que se puso á las órdenes del general Uraga para atacar á la capital de Jalisco, defendida por una corta guarnición que mandaba Woll, jefe entendido y valiente, y que sabía además que Miramón venía picando la retaguardia de los liberales, aunque aquel numeroso ejército que pasaba de catorce mil hombres, repetimos, no fué derrotado sino puramente rechazado, las pérdidas fueron enormes por haber caído heridos el general en jefe, el general Leandro Valle y algunos otros, y por haber muerto el general Contreras Medellín, gobernador de Colima, y los valientes coroneles Langlois, Bravo, Avila y más de trescientos oficiales y soldados; y por tal motivo la retirada se hizo ineludible.

Los defensores de la plaza también tuvieron más de ochenta hombres fuera de combate, entre ellos varios je-

fes que quedaron muertos, y el mismo general Woll que fué herido, aunque no de mucha gravedad.

Debemos agregar que el combate del 24 de Mayo en Guadalajara, fué uno de los más sangrientos, de los más tenaces, de los más terribles: presenciado por el autor de este libro con la curiosidad de un adolescente que nada quería dejar de ver, puede recordar ahora que desde la llegada de las tropas se inició con un ruido ensordecedor por el rodar de tantos cañones, por el tropel de los cuerpos de caballería que cruzaban las calles, de los jefes con sus estados mayores que atravesaban las boca-calles al galopé, y sobre todo, por el tronar de más de cien bocas de fuego que incesantemente estuvieron lanzando proyectiles, los sitiados sobre los sitiadores y los sitiadores sobre los sitiados, con una rabia, con un apresuramiento, con una tenacidad, que no parecía sino que lo que más se quería era ver cuál aniquilaba á su contrario primero.

Después del cañoneo terrible que duró más de una hora, sin que se interrumpiera un instante, cañoneo que no tenía más objeto visible que aturdir, que causar intimidación y espanto, porque sólo se tiraban á la ventura, á los edificios diera donde diera, al aventón, sin abrir brechas ni desmontar cañones, las columnas fueron lanzadas en plena luz del día, presentándose á pecho descubierto ante las fortificaciones, sin otra perspectiva más que la muerte, como si algún genio del mal hubiera gritado á todos aquellos grupos inconscientes: ¡Vayan, vayan todos á que los maten!

Todavía hay quien recuerde que por una de las calles cercanas al templo de Santo Domingo, apareció la columna que mandaba el joven general Leandro Valle: á su lado iban Adolfo Lancaster Jones, Lauro Angulo y otros

jóvenes pertenecientes á familias distinguidas de Guadalajara.

Intrépidos todos de ordinario, en esa vez se conocía que se adelantaban también con su valor acostumbrado, pero llevando en su misma serenidad las señales de la resignación, porque ninguno dejaba de comprender que marchaba sólo al sacrificio estéril, porque tenían que ser barridos, como lo fueron á los pocos minutos, por unos cuantos botes de metralla.

En suma, fué aquella una de las impericias militares más sensibles de tantas cuantas hubo en aquella época, sensible no solamente porque costó muchas vidas preciosas, sino porque fué llevada á efecto por uno de los generales de mayor prestigio.

Por fortuna para las tropas liberales y para la causa de la Constitución, la falta del general Uruga fué bien suplida por el general Zaragoza, que apenas empézaba á dar á conocer sus altos vuelos, y este jefe, que unía á su modestia republicana, serenidad de ánimo, prudencia y dón de mando, ordenó una retirada en regla, que no fué una huida en masa como otras veces, sino una verdadera retirada con el orden de un ejército observante de la disciplina, pudiéndose lograr que fuera de las vidas ya sacrificadas, no se perdiera una sola carga de parque.

Miramón llegó el día siguiente de la hecatombe, y tras él llegaron sus seis mil hombres flamantes, que desde su salida de México no habían tenido ningún encuentro desagradable, y dejando en la plaza una guarnición suficiente, se apresuró á salir con unos siete mil soldados y con un gran número de piezas de artillería, con la seguridad de hacer morder el polvo una vez más á un enemigo que consideraba iba huyendo completamente desmoraliza-

do después de su derrota; pero al llegar á Sayula, tuvo el disgusto de saber que tal enemigo lo estaba esperando allí mismo á una media jornada, en la cuesta, camino para Zapotlán, en cuya cuesta había tomado muy regulares posiciones.

Aquí le pasó á Miramón lo mismo que le había pasado en Veracruz: su actividad natural, su carácter violento, tuvieron que doblegarse ante las dificultades materiales, y con asombro de todos se puso á meditar con calma lo que debía de hacer, cuando se convenció en dos ó tres reconocimientos de que las posiciones del enemigo eran formidables.

Ya estaba al frente de los liberales un hombre que sabía lo que traía entre manos. Este calculó muy bien que era imprudente, que era desacertado, que era locura correr á guarecerse en las barrancas de Atenquique y el Platanar, ó en los vericuetos de la Albarrada ó San Joaquín, para maltratar sus tropas, su parque y su artillería, y verse obligado á sostener combates con soldados faltos de moral por las frecuentes retiradas, prefiriendo esperar á pié firme en el primer lugar que le pareció conveniente.

Miramón, que era sagaz, comprendió que tenía al frente un militar entendido, y no quiso aventurar ninguno de sus golpes audaces. ¿Para qué? ¿Para verse cuando menos rechazado con pérdidas, de aquellas ventajosas posiciones que había tomado el enemigo? Entonces pensó: «ya bajará: viendo que no se le ataca, se engreirá con su superioridad y tendrá que venir á buscarme. Hay allí más tropas, más cañones y buen número de jefes valientes. Ellos vendrán á buscarme.»

Entonces se puso á esperar y esperó diez días; pero Zaragoza también era listo, y pensó á su vez: «quiere

Miramón que bajemos á batirlo; pero no haremos tal, porque despues de nuestro descalabro de Guadalajara, no estamos en condiciones de hacer tentativas peligrosas. Es verdad que tenemos la ventaja de contar más hombres y más bocas de fuego; pero Miramón tiene allí los más fogueados cuerpos de su brillante ejército. No caeremos en la tentación; ó que nos ataque él ó que se vaya.»

Y sucedió lo último: Miramón tuvo que retirarse de Sayula, como se dice vulgarmente, con la cola entre las piernas, y lo que es más, perseguido por una infinidad de guerrillas que le perdieron el respeto, y entre ellas la de Adrián Canales, que llevó su audacia hasta atravesar de un lado á otro por el centro de la columna tacubayista, ó conservadora ó clerical, como se llamaba entonces á los que componían la legión sagrada de Miramón.

Es cierto que Adrián no pescó lo que quería pescar, que era al mismo Miramón, que decía iba precisamente en el centro de la columna; pero sí dejó asombrados á todos con su temeridad, y no sufrió su fuerza daño alguno, merced á la sorpresa, á lo impetuoso y repentino de su aparición, así como á la velocidad de los caballos que no dejaron entre los soldados de la columna más que nubes de polvo. Cuando los infantes atropellados recibieron orden de hacer fuego, ya la guerrilla se había perdido de vista entre los matorrales.

Otro guerrillero que había hecho fortuna, que andaba en vísperas de ser nombrado general de Brigada, si no lo había sido ya en esas fechas, Antotónio Rojas, había hecho por Tepic una expedición de las más felices; sostuvo varios combates con fuerzas de Lozada, saliendo siempre victorioso, y últimamente había derrotado y muerto al general Calatayud, uno de los jefes importantes de la reacción

en Santiago Ixcuintla. Le había hecho muchos muertos y prisioneros y le había quitado seis piezas de artillería desde el 9 de Mayo, noticia desagradable para Miramón y los suyos, que la recibieron cuando estaban en Sayula. Pero más desagradables aún fueron otras dos noticias: una, que el principal servicio que había hecho Rojas á los liberales, era entretener á Lozada y sus tropas, mientras pasaban unos cinco mil hombres que mandaban como contingente para la campaña del Interior los Estados de Sonora y Sinaloa, y la otra noticia, que Rojas acababa de aparecer en Zacoalco con más de dos mil hombres, y que no solamente amenazaba al ejército reaccionario de ponerlo en una situación difícil, entre dos fuegos, sino apoderarse de una conducta de caudales que iba custodiando con quinientos hombres el general Prudencio Romero.

Esta fué la disculpa principal que dió Miramón para hacer una retirada al frente del enemigo que nadie se esperaba, conocida como era su audacia y su valentía; y el *Diario Oficial* la elogió calurosamente, calificándola como el mayor acto de prudencia que podía darse en aquellas circunstancias; pero los conservadores sensatos, que después de todo siempre ha habido algunos, aunque en escaso número, se hicieron en seguida estas reflexiones: ya son dos retiradas, una al frente de Veracruz y otra al frente de la cuesta de Sayula: las dos retiradas las ha verificado el caudillo que tenemos y con el ejército casi entero de que se puede disponer. Los de Veracruz no se han quedado con los brazos cruzados, lo mismo que no se quedarán sin emprender nada los de Sayula; y entonces, si Miramón no destruye ese enemigo y lo deja robustecerse tanto en Veracruz como en el Sur de Jalisco, pues entonces ¿para qué sirven Miramón y su brillante ejército? Si

en esta vez, después del fracaso de los liberales sufrido ante los muros de Guadalajara, en que perdieron á su general en jefe y á muchos de sus mejores oficiales y su moral, Miramón no puede atacarlos en la cuesta de Sayula, ¿con qué los derrotará cuando se les reunan los de Rojas y los que vienen de Sinaloa y tal vez los que trae González Ortega de Durango y Zacatecas? ¿Qué hará Miramón con sus seis mil hombres cuando le tomen á Guadalajara y se le presenten al frente de la Capital veinte ó treinta mil hombres armados?

Esto discurrían los personajes sensatos del partido conservador: los que no lo eran tanto como Zuloaga, se contentaban con murmurar y es fama que este dijo muy *soto vocce* á algunos oficiales de su confianza:

—Pues no he aprendido nada de lo que me quería enseñar Miramón.

El día 3 de Agosto se fugó Zuloaga del lado de Miramón, desesperado de que nada le enseñara.

Apenas siete días después se presentó una oportunidad, pero fué más desgraciada aún que la de Jalisco.

He aquí lo que había pasado. Miramón salió de Guadalajara despidiéndose con una proclama, y se situó en Lagos con un brillante ejército para acudir con él á donde fuera necesario.

Zaragoza se movió sobre Guadalajara, y don Severo del Castillo, que mandaba en la plaza, se propuso resistirlo; pero aquel dejó á Ogazón con seis mil hombres, y él con otros tantos tomó el rumbo de Oriente y fué á incorporarse con González Ortega en Silao. Allí era, pues, donde estaba el mayor núcleo de liberales, y allí fué á donde se encaminó Miramón con la fé que tenía en su estrella y en sus buenos oficiales y tropa; pero ya se encon-

tró con otros jefes diferentes de los que antes había vencido y con otros soldados de mejor organización y más disciplina.

En la madrugada del día 1º de Agosto se empeñó la batalla en Calpulalpan, una batalla terrible, porque era de vida ó de muerte para los beligerantes, y Miramón, por la primera vez, quedó completamente derrotado, perdiendo todos sus trenes y quedando deshecho todo su ejército.

Al llegar á México pocos días después, pues que corrió hacia allá desesperado y con un pequeño séquito, su entrada no se pareció á las anteriores. . . . todavía en un entierro puede verse mayor alegría.

El día 14, una comisión compuesta de los señores Zagaceta, Zárate, Mora y Villamil, Arriola y Campos, fueron á notificarle que había sido nombrado Presidente interino por la junta de notables, en lugar de Zuloaga.

Miramón murmuró entre dientes:

—*¡Tarde piace!*

